



Chiquita Barreto Burgos



La pruebera

Un relámpago blanco le cruza la cara cuando festeja con una carcajada inmensa los buenos augurios que lee en las ajadas cartas, y su alegre risa mueve las frágiles paredes de adobe, cubierta de imágenes sagradas, descoloridas fotografías y recortes de revistas.

Las barajas bailan entre sus dedos cubiertos de anillos de níquel, que brillan tanto como sus dientes y frotados con el mismo vigor cada mañana con ceniza tibia, mientras prepara el mate para el compañero ocasional y el cocido de Pedrito, el hijo epiléptico: el único que le queda de los diez que parió.

Los otros están bien colocados.

Al hijo enfermo prefirió cuidarlo ella; para cada uno de los otros buscó un buen hogar; y con su infalible tino de pitonisa, lo encontró. No lo buscó entre la gente rica de vientres estériles, sino entre los pobres de por lo menos una comida diaria, suficiente según su criterio para una vida sana.

Los amamantaba durante un año, despidiéndose sin prisa, mientras barajaba con pena sosegada si le convenía a su retoño la mujer de ojos negros casada con un maquinista, o el sastre paralítico matrimoniado con una mujer de risa suave... Era sí muy importante en el momento de elegir hogar para sus hijos, la mirada de los futuros

padres: el aval más confiable era la risa fácil y la mirada directa. Aunque las cartas recomendara al constructor de obras, si éste desviaba los ojos durante el interrogatorio amable y aparentemente desapasionado, ella se despedía rápidamente y continuaba su búsqueda.

El cocido en realidad nunca era sólo para Pedrito.

-26-

El rancho de Juliana servía de albergue transitorio para muchas. Mujeres golpeadas por sus maridos o concubinos, prostitutas en problemas, campesinas en busca de trabajo y otras muchas abandonadas por la esperanza. Ella les recibía sin preguntar nada, ponía sus oídos y su corazón para las confidencias y compartía lo poco o mucho que tuviera en ese momento. Les consolaba con palabras sabias y les enseñaba a sentirse valiosas.

Nunca hubo abundancia en su casa y según las cartas nunca la habría, a no ser que una mujer morena de ojos muy tristes le deje su fortuna, por haberle pronosticado que sería muy feliz en los últimos años de su vida con el hombre que siempre amó en silencio; pero las cartas también decían que eso sería muy difícil, por los muchos y voraces herederos.

No le preocupaba el futuro, estaba tan familiarizada con la pobreza que calculaba que la riqueza le sería incómoda.

Su huésped de ese día era Adelita. Se refugiaba allí cada vez que paría un niño muerto y el marido la corría a garrotazos por inútil. Juliana le prodiga durante el tiempo de exilio todos los cuidados a su alcance. El cocido aunque sin leche, se convertirá tanto para Pedrito como para la huésped en un sustancioso desayuno: con dos cucharadas de maní pisado con canela y dos de coco, más unas galletas.

Después para el mediodía... algo habrá. Quizá algún pollo extraviado.

Estaba segura que nunca le faltará algo que llevarse a la boca, mientras sea capaz de compartir.

Juliana lustraba sus anillos, mirando las llamas y pensando en sus hijos repartidos de un rincón a otro, con -27- cierta pena. Hubiera sido hermoso tenerlos a todos junto a ella. Pero no estaba arrepentida. Conocía la vida que llevaba cada uno y estaba segura de haber hecho lo correcto.

Al lado de ella apenas se habrían estirado un poco, las mujeres irían a parar de sirvientas, para retornar con un niño sin padre... y los varones serían⁷ como sus compañeros ocasionales...

Por un momento desfiló ante sus ojos toda su vida...

Pronto aprendió a descifrar el lenguaje de las barajas... a comprender las esperanzas y las ilusiones de las gentes. Si el augurio de las cartas no era halagador para el

consultante, con su sabiduría lo adornaba para hacerlo llegar al oído ansioso. No cambiaba la verdad de las cartas por mentiras piadosas, simplemente dulcificaba las malas noticias, las neutralizaba con las buenas y regulares, al fin y al cabo nunca venían todas malas... sintió un repentino dolor en el pecho, vio que las llamas se alejaban... y después nada.

A media mañana Adelita se levantó, extrañada de no recibir su acostumbrado desayuno y la encontró caída cerca del fuego casi extinguido con los ojos muy abiertos. Gritó desesperada hasta que acudieron los vecinos.

El hombre que dormía en la cama de Juliana se despertó con el barullo, se vistió apresuradamente y salió sin que nadie le viera.

Los vecinos le llevaron a Juliana hasta su cama, abrieron el nicho lleno de imágenes de santos, sacaron -28- el crucifijo y le colocaron sobre el pecho. En sus manos ya rígidas aún estaban los anillos de níquel.

Alguien fue a buscar a Pedrito, extrañado de que el griterío no lo haya atraído. Lo encontró en el charco del fondo con la boca llena de espumas.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo